

---

# La Ciudad de las Nubes

**Eduardo Abel Gimenez**



**Argentina unida**

**Plan nacional  
de lecturas**



Ministerio de Educación  
Argentina

## **PLAN NACIONAL DE LECTURAS**

Coordinación: Natalia Porta López

Edición: Teresita Valdetaro

Corrección: Cecilia Biagioli

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez

Ilustración de tapa: Verónica Varela

© Eduardo Abel Gimenez

## **Ministerio de Educación de la Nación**

Plan nacional de lecturas

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

plannacional.lecturas@educacion.gob.ar

República Argentina, agosto de 2021

# La Ciudad de las Nubes

**Eduardo Abel Gimenez**

—¿Qué hubiera pasado si los aztecas derrotaban a Hernán Cortés? —pregunta el profesor González.

El profesor González es un hombre alto, flaco, de cuello largo y piel blanca, narigón hasta el extremo. Falta que se pare en una sola pierna para terminar de parecerse a una grulla.

—¿Y si la antigua China hubiera colonizado el continente africano?

Estamos en la clase de Historia aunque, más que eso, parece una clase de Ucronía. Hasta donde sabemos, las ucronías son lo único que entusiasma al profesor González. En vez de estudiar historias reales, estudia historias inventadas. Todas sus preguntas empiezan por: “¿Qué hubiera pasado si...?”.

Junto a mí, Alina mira hacia el frente del aula. Yo le miro el perfil, aprovechando que la espalda gigante de Carpinetti me esconde del profesor González. Alina tiene el mechón de pelo sobre el ojo derecho, la nariz redonda, el labio inferior estirado hacia afuera como el borde de una fuente...

Bajo la mirada al pupitre, busco una hoja en blanco en mi carpeta y corto una tira de papel. Escribo: “¿Qué hubiera pasado si estuviéramos en clases separadas?”.

Doblo el papelito al medio, lo doblo en cuatro y se lo doy a Alina. Alina se tapa la boca con la mano y sonrío.

—¿Y si Costa Rica no fuera potencia mundial? —dice el profesor González.

Alina busca la lapicera y escribe en otro papelito. Ella prefiere doblarlo en tres, y luego en seis. Me lo da sin mirarme: “¿Y si viviéramos en países distintos?”.

Tras cada pregunta, el profesor González abunda en detalles sobre cómo responderla, y sobre los recursos de la lógica, la investigación y blabla, pero la verdad es que no le presto atención. Entiendo que la derrota de Hernán Cortés, por ejemplo, hubiera obligado a los españoles a... algo. Pero no me pregunten a qué.

Escribo: “¿Y si yo hubiera nacido en otro siglo?”.

El sol acaba de encontrar un camino para entrar por la ventana. Da justo en el pupitre de Alina, para sacarle brillo a la piel oscura de sus manos mientras pliegan otro papelito: “¿Y si yo tuviera un lunar enorme en la punta de la nariz?”.

—¿Y si los vikingos hubieran colonizado América? —pregunta el profesor González.

Algunos de nuestros compañeros bostezan. Los otros parecen en animación suspendida. Carpinetti está entre los bostezantes, me doy cuenta por la forma en que, a veces, echa la cabeza hacia atrás.

“¿Y si nunca nos hubiéramos dado un beso?”.

La sonrisa de Alina le enciende los pómulos, donde hoy, con su estilo simple y clásico de ser hermosa, se pintó un pequeño círculo esmeralda. Un color delicioso en la vecindad de sus ojos verdes y anaranjados.

“¿Y si estuviéramos volando juntos por Egipto?”, escribe.

“¿Y si estuviéramos volando juntos por el Amazonas?”, escribo.

Le paso el último papelito a Alina, sin darme cuenta de que, al otro lado de la espalda de Carpinetti, el profesor González se fue acercando por el pasillo. Pero Alina no llega a desplegar mi mensaje. Ahora que levanto la mirada, resulta que la grulla está de pie, en toda su espectacular altura, justo al lado de Alina. Y no es todo: está mirando hacia su pupitre.

El profesor González estira un brazo largo, que sería de grulla si las aves tuvieran brazos, levanta el papelito y lo lee para sí. Mientras, frunce los labios, arruga la frente y asiente lentamente con la cabeza.

Alina y yo estamos paralizados. Ella mueve la vista de las manos pálidas de González a su nariz interminable y vuelve a las manos. Yo miro la esmeralda de Alina y, luego, los ojos del profesor, que son negros pero que, de pronto, parecen tener un fulgor rojo (seguro que hay grullas de ojos rojos). Para Alina debe ser aún peor que para mí, no solo porque tiene a la grulla más cerca, sino porque no sabe qué dice el papel secuestrado. ¿Y si justo escribí algo íntimo entre lo íntimo, algo que nadie más debería ver, algo que se pueda usar horriblemente en nuestra contra?

Pasa un siglo. Pienso: no es nada, Alina, no te preocupes. Pasa otro siglo. Pienso: ahora viene el picotazo.

El profesor mira con esos ojos que deberían ser rojos a los ojos arcoíris de Alina, hasta que ella baja la mirada al pupitre. Luego me mira a mí, y yo también bajo la mirada. Entonces hace algo que, en adelante, deberemos mencionar como “nuestra propia ucronía realizada”. Al contrario de todo lo que enseña la Historia, el profesor González deja asomar una sonrisa en el lado izquierdo de la boca, vuelve a dejar el papelito en las manos de Alina y sigue avanzando por el pasillo.

—¿Y si jamás se hubiera prohibido el automóvil? —dice.

¿Podemos respirar? Sí, podemos. ¿Podemos mirarnos de reojo? También. ¿Hay vida en medio de tanta vergüenza? Algo hay, sí. Y ganas de reírnos. Pero no nos reímos. Alina encierra en el puño el papelito sin leer. Miramos al frente, nos quedamos quietos y contamos los segundos que faltan para que la clase termine.

—¿Y si el Principio de Kafka hubiera sido rechazado por la Liga de las Naciones?

Incansable, el profesor González sigue caminando arriba y abajo por el pasillo y haciendo preguntas. Incapaces de volver a desafiar el destino, Alina y yo nos afiliamos al partido de los que bostezan. Hasta que llega el momento mágico en que, por fin, el profesor González mira el reloj pulsera.

—Muy bien —dice—. Ya han aprendido a formularse preguntas interesantes sobre las muchas formas en que la Historia pudo ser distinta, y cómo eso podía haber llevado a un presente muy diferente del nuestro. Ahora...

Ya lo sabemos, sí: la tarea.

—Para el jueves, cada uno formulará su propia alternativa a la Historia real, y desarrollará en dos páginas cómo hubiera cambiado el mundo.

Suena el timbre. Fin de la clase, fin del día en la escuela. El profesor González se despide, da tres o cuatro pasos de grulla y sale del aula.

Nuestros compañeros, repentinamente despiertos, se apuran a juntar sus cosas para irse de una vez. Carpinetti levanta con mucha lentitud su cuerpo de oso y vuelvo a ver el mundo frente a mí.

Alina y yo nos demoramos en los asientos. Ella sigue ruborizada. Supongo que yo también. Somos los últimos en cruzar la puerta, tomados de la mano, mientras los otros encienden las alas y se dispersan por la Ciudad de las Nubes.



## Eduardo Abel Gimenez

Nació en Morón, provincia de Buenos Aires y es narrador, músico, especialista en juegos de ingenio, blogger, tallerista y editor. Codirigió el portal de literatura infantil *Imaginaria*. Autor de obras de ciencia ficción, entre ellas: *Un paseo por Camarajali*, *El viajero del tiempo llega al mundo del futuro*, *Quiero escapar de Brigitte*, *Vania y los planetas*, *La Ciudad de las nubes*, *Mis días con el dragón*. Su libro *El bagrub y otros cuentos (i)lógicos* fue Destacado de Alija en 2014.

# Leer es tu derecho.

El **Plan nacional de lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.